Propendemos a levantar un infranqueable muro entre nuestros principios religiosos y morales y nuestras cosas "prácticas". Nos empeñamos en vivir en dos mundos separados: uno en que damos rienda suelta a nuestras inspiraciones y aspiraciones espirituales, y otro en que vivimos lo que llamaríamos "realidades" políticas, sociales y económicas. Necesitamos las doctrinas de Cristo para fundir en uno solo esos dos mundos.

Citemos otra vez al doctor Carrel: "Hoy, como nunca, es necesaria la oración en la vida de hombres y pueblos. Por no haber dado al sentimiento religioso la importancia que tiene, está el mundo al borde de la catástrofe. Hemos descuidado lamentablemente el manantial más rico de cuantos pueden darnos perfección y energía... Si se pone en acción nuevamente el poder de la plegaria y se emplea en elevar la existencia de todos, hombres y mujeres, aún cabrá esperar que sean escuchadas nuestras oraciones impetrando de Dios un mundo mejor.

Buena y consoladora prueba de que nos hallamos en vísperas de un renacimiento espiritual es la tendencia creciente, lo mismo en lo social que en lo político y lo económico, a considerarnos hermanados al resto de los hombres por vínculos de estrecha solidaridad. Otra prueba no menos elocuente la tenemos en el afán de sacrificio que conmueve hoy al mundo. Se cuentan por millones los individuos que empiezan a entrever la gran verdad de que no bastan la posesión y el goce de los bienes materiales para calmar la sed que abrasa sus almas. Por la calle del Desengaño, descrita con acerada pluma por el genial satírico español, han ido a dar, de desilución en desilución, al templo claro y sereno en cuyo pórtico se lee el aforismo inmortal: "No de solo pan vive el hombre".

Tomado de Selecciones del Reader's Digest. Febrero de 1943. Tomo V. Nº 27. Págs. 24/26.

El León de Lucerna

Por Berta María Feo

El genio del insigne escultor dinamarqués Thorwaldsen, inmortalizó a la entrada de Lucerna el recuerdo de la sangrienta jornada del 10 de agosto, tallando en la roca el colosal León helvético moribundo.

Causa soberbio efecto a la vista la Capilla consagrada a las víctimas, que se levanta entre la verdura de un bosque de avellanos, teniendo por fondo las magníficas características crestas del monte Pilatos cuyas cúspides cubiertas por deslumbradoras cabelleras de nieve, se perfilan sobre un cielo tan intensamente azul que parece impregnar las aguas del lago dormido a sus pies.

Campea en el santuario de indecible belleza, tal sencillez, evoca el trozo de historia que guarda en aquella cámara casi real tan profundamente las do-

lorosas reminiscencias que conmemora, que son algo tangible, algo que tiene vida, no cenizas frías, los nombres de los valientes soldados, esculpidos en primorosas planchas. El frontón del Altar ofrecido por Madame la Delfina, y sobre el cual aparece, bordado por las manos de esa mujer cuyas desgracias llegaron a tal altura que se convirtieron en una de las glorias de la Revolución, el Cordero inmaculado, con una conmovedora inscripción que trasluce lo que el corazón de la augusta hija de Luis XVI debió sentir al abrazar a su padre, la víspera del horrendo dia que iba a enlutarse con el eterno duelo de Francia.

Se guarda allí el billete, escrito de puño y letra del rey, que manda a los suizos deponer las armas, orden que equivalia a condenar a cruel muerte a los últimos defensores de la monarquía; y es insuperable la estatua del soldado salvado de la matanza, que se yergue fuera de la capilla, para señalar al viajero el peñón rocoso donde el cincel del gran maestro simbolizó la grandiosa epopeya.

El rey de las selvas expira con una flecha clavada en el costado, cubriendo con su desmayada cabeza y una de sus poderosas zarpas el escudo real, del que apenas se distingue la flor de Lis. Se adivina en la actitud del magnífico felino expirante, toda la rabia y el dolor que experimenta al sentir la acerada punta del arma homicida penetrar en sus entrañas palpitantes; un huracán de lágrimas parece bramar en su pecho y al caer vencido, indomable en valor y fidelidad, no tiene nada de la soberana frialdad de la piedra: es un símbolo vivo, es el exponente inimitable, ideado por el genio, para representar la bizarría de esos soldados suizos, que ningún contratiempo arredra, y que después de cincuenta y cinco años de intervalo, con la indéntica entereza, con el mismo denuedo e hidalguía con que sellaron vertiendo su sangre a torrentes en la patios de las Tullerías, el testimonio de su adhesión al monarca más desventurado que se sentó bajo el palio del trono de San Luis; cruzaron sus alabardas en las puertas del Quirinal y se batieron cuerpo a cuerpo hasta la muerte en defensa de aquel Pontífice que debía ser según sus enemigos el último en el trono temporal de San Pedro.

El rugido que aún se escapa de sus fauces rígidas tiene algo de la vehemente protesta del soldado cuya espada se rompe en medio del combate, es el apóstrofe sublime que profieren sus labios exangües, para aclamar en la hora suprema, el ideal por el que ofrenda su vida. Viva el Rey o Viva Pío IX, fué el grito vibrante con que rindieron sus armas a la Parca inexorable, los valientes hijos de esa porción de la antigua Galia, intrépida, pletórica de juventud y de entusiasmo. El corazón se impresiona profundamente al contemplar el gesto imperioso y altivo con que el guerrero señala al majestuoso León, que el escultor ha hecho imponderable por la fiereza altanera con que se inclina ante la muerte.

Jamás el rey de la jungla en sus brillantes representaciones al través de los siglos, ha expresado la fuerza y la potencia en forma tan imponente, que la vista no se cansa de admirar.

Jamás apareció en los monumentos de los pueblos más remotos, para los cuales encarnaba el heroísmo, ni en el antiguo Egipto, donde como animal sagrado del dios Show, tenía encomendada la vigilancia de los manantiales, y declarado símbolo de las fuerzas ígneas figuraba en todos los templos, con tal apostura y gallardía.

Jamás al recibir el homenaje de tirar el carro de la Cibeles griega, en Acaya, para presidir las famosas fiestas de los Dáctilos y Coribantos, o al ser elegido para servir de cabalgadura a la Cibeles siria, enamorada del pastor Atis, a quien buscó en las montañas de Frigia, tuvo la arrogancia con que se recuesta moribundo en el silencio de las cumbres alpinas.

Jamás fué su actitud más fiera, más serena ni más firme:

Cuando su osadía lo llevó a atacar los regimientos de camellos que conducían el ejército de Jerjes, al través de la Macedonia, su sola presencia sembró el pánico entre los corpulentos gibosos del desierto que retrocedieron ante el iracundo gesto que irisaba su melena hirsuta; y cuando soberbiamente inofensivo recibió al Profeta Daniel en la célebre gruta de Babilonia, su aspecto severo, hermoso, impuso respeto y temor, como lo impone en ese trozo inmóvil de roca. Muerto en los bosques de Nemea, entre los formidables brazos de Hércules, su piel, trofeo de victoria sirvió para cubrir los hombros del héroe; y el prestigio de simbolizar la generosidad y el valor no lo ha compartido más que con el leopardo en la heráldica, cuando aquella nobleza batalladora y caballeresca se lanzó en la descabellada, pero, sublime aventura de la primera cruzada.

Venecia, dominadora de los mares, quiso que alado presidiera la entrada y salida de sus triunfantes naves, y sus incansables marinos arrancaron a la Palestina la granítica columna sobre la cual surge de entre las ondas, el León de San Marcos, para recibir el tributo de admiración que se le rinde universalmente, y las proas de los buques venecianos se engalanaron con su airosa imagen al desafiar las galeras sarracenas en las costas levantinas.

Rey en toda la extensión de la palabra, fué preciso que el nigromante, Merlín, diera al legendario Arthus, su espada para vencerlo, puesto que debía presentar una piel del terrible mamífero muerto por su propia mano, para merecer la Jefatura de los Caballeros de la Tabla Redonda: y el príncipe Nobolión, retado a singular combate sobre el monte Sinaí, por Felipe de Alsacia, mandó que en su escudo se grabara la esbelta figura del que constituía el terror de los habitantes del Líbano; de la misma manera que el gran Ricardo adoptó para sí y para divisa de sus armas, el título de "Corazón de León", como inmortal emblema de gloria.

La fantasía oriental dió alas a su gallardo cuerpo para resguardar el solio del Rey Sabio, mientras los guerreros cuyo renombre se extendía hasta las inaccesibles comarcas del Atlas, quisieron que su melena sirviera de diadema o casco a su cabeza, cuando se presentaron a combatir sus ejércitos. Tallado en oro se destacó en las puertas del templo salomónico, y como representante de la potencia vigilante del Eterno, hierático y solemne. Los Caldeos lo colo-

caron en el cielo, y Régulo, la estrella más brillante de la constelación del León marcó el punto de partida de sus primeras observaciones siderales. Los griegos consideraron como de regia estirpe a los que nacían bajo su influencia, y los escultores de todos las tiempos le confiaron regios honores, haciéndole figurar en sus magnos monumentos. Los seiscientos leones que Pompeyo presentó en el circo romano, recibieron los homenajes del triunfo, siendo coronados de rosas y atendidos como príncipes. Numerosas fueron las naciones que lo adoptaron por símbolo, apareciendo entonces en varias actitudes, pero sujetando siempre el globo terrestre, emblema del dominio, y un león es la base del gigantesco candelabro que sostiene el Cirio Pascual en la Catedral del mundo.

El genial artista dinamarqués supo complacer los anhelos bélicos de un pueblo valeroso y decidido; su espléndida obra tiene tan firme grandiosidad, es tan armonioso y membrudo su león agonizante, que respira el heroísmo por todos sus poros, hasta parecer embriagado con su propia sangre Al ser iluminado por el sol, no admite comparación con ninguna otra escultura de su género, ni aún con los que sostienen el sarcófago de Clemente XIII, y que pasan por ser el éxito del Cánova; el león de Gileppe, en Bélgica, sentado majestuosamente sobre un inmenso pedestal de piedra, carece de ciertos detalles que tornan pesada su cabeza, puesta de perfil; el que decora la escalinata de San Lorenzo, en Génova, le es inferior en esbeltez y nobleza, lo mismo ocurre con el león de Florencia que sujeta un escudo, y con el que aparece en la gran vidriera de la catedral de Lyon.

El ademán contraído y trágico del fiero león de Lucerna, en el último momento de su vida al apoyar la cabeza en sus zarpas, es tan natural, le da con tal realidad el aspecto de renunciación suprema del que habiendo luchado desesperadamente se resigna ante lo irremediable, que provoca en el ánimo hondo estupor y asombro.

Matizado el monumento por los arreboles crepusculares de la tarde, tan bellos en los Alpes, su dolorido continente rememora la desdichada duquesa de Angulema, cuya alma abrumada por las prodigalidades del infortunio en el Temple no cedió ni en firmeza ni en magnanimidad, guardando sobre sus torturas personales generoso silencio, y mostrando en Burdeos tanta energía al organizar la resistencia contra los ejércitos imperiales, que Napoleón no pudo menos de decir: "es el único hombre de toda su familia"; proyectándose esa desolada sombra entre los bosquecillos de acacias, para revivir las emocionantes escenas de su vida saturada de la amargura más lacerante y acerba que puede desgarrar el corazón humano, al lado del simbólico felino inerme en su roca como el águila real en su nido, anunciando en su agonía, por el estremecimiento de su garra que estruja el destrozado escudo de los Borbones, el fin de una gran raza.